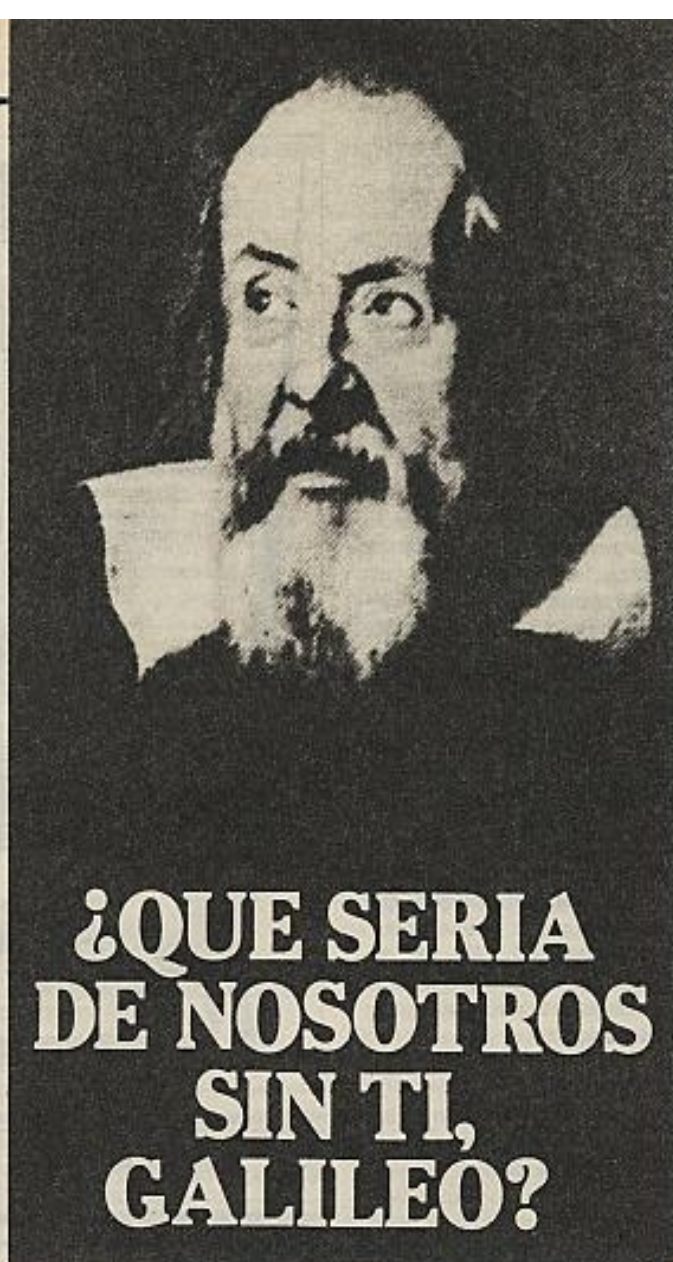


CUANDO, hace un par de semanas, tuvo el Papa Wojtyła la idea de mencionar a Galileo ante la Academia Pontificia de Ciencias, una esplendorosa época se abrió para la prensa española. Aquí hemos echado nuestro cuarto a espadas en torno al hijo de Vincenzo Galileo cuantos, más o menos, comemos de la imprenta. Y, como corresponde a nuestro estilo, hemos sido más galleistas que Galileo. Dios nos bendiga. Tal vez no sobre una nota más, escrita con la intención, ciertamente paulina, de fastidiar. Vamos, pues, a desmitificar a Galileo.

La prudencia indica al cronista la conveniencia de buscar ayuda en algún sumo pontífice terrenal de nuestro siglo. Por ejemplo, Arthur Koestler, el viejo tráfuga. He aquí que Koestler dice lo siguiente sobre Galileo: "... contrariamente a cuanto se afirmaba hasta muy recientemente, Galileo no inventó el telescopio, ni el microscopio, ni el termómetro, ni el reloj de péndulo. No descubrió la ley de la inercia ni el paralelogramo de fuerzas o movimientos, ni las manchas solares. Ni hizo ninguna contribución a la astronomía teórica; no tiró pesas desde la torre inclinada de Pisa y no demostró la verdad del sistema copernicano. No fue torturado por la Inquisición, no languideció en sus calabozos, no dijo: 'Eppur si muove' y no fue un mártir de la ciencia".

Ahí queda eso. Pero no impresiona tanto la ardorosa desfachatez de Koestler como otra cosa: que cuanto dice en ese párrafo es cierto. Aún habría que añadir otro horror: Galileo no fue excomulgado. La palabra "Galileo"—ya que no el hombre Galileo—es uno de esos mágicos sonidos que sirven a los más dolientes para urdir hermosos sueños, sólo ciertos en sí mismos. Pasa a menudo. Luego resulta que Juana de Arco no fue tan pura, que San Jorge no existió, que el general San Martín fue un especialista en derrotas, que Churchill fue un bárbaro, que Cleopatra era chata y que Jomeini, después de todo, tiene algo de razón. En los tiempos de Galileo, un poco antes y un poco después, muchos hombres independientes perdieron brutalmente el pellejo por no renunciar a su independencia—Giordano Bruno y Servet, sobre todos—, pero ha sido Galileo, que fue astuto, hábil, un poco exagerado en su altivez, bien protegido por amigos poderosos, el que llegó hasta nosotros como "protomártir" de la ciencia.



¿QUE SERIA DE NOSOTROS SIN TI, GALILEO?

FELIPE MELLIZO

Este terrible Koestler nos tranquiliza un poco cuando añade a su aguda grosería una frase consoladora: "Lo que sí hizo fue fundar la ciencia moderna de la dinámica, lo cual le coloca entre los hombres que han modelado el destino de todos los demás hombres". Podría bastar, pero aún hay más cosas.

Estoy seguro de que algunos comprenderán las razones por las que he buscado a unos cuantos frailes agustinos para hablar de Galileo. Para empezar, el feo asunto del proceso romano contra el sabio no rozó a los agustinos para nada. Anduvo la cosa entre jesuitas y dominicos, que eran, sobre todo estos últimos, los "cancerberos del dogma". Además, los agustinos han sido siempre, en lo que al pensamiento ortodoxo de la Iglesia concierne, intelectuales escoterros: sólo hay un paso entre ser agustiniano y ser agustinista y el que da

ese paso, cambia de bandera. Fray Luis de León, judaizante y seguramente judío, no habría podido ser dominico en sus tiempos. Tampoco Lutero habría sido jesuita, a ver si me entienden ustedes lo que quiero decir. Pero hay otra razón para comentar a Galileo en una mesa de agustinos, y es que, prescindiendo de su trabajo como físico, astrónomo y matemático, Galileo se esforzó por convencer a los ortodoxos de la licitud de toda tarea científica apelando a San Agustín. En *De Genesi ad Litteram*—que, miren ustedes por dónde, nadie lee últimamente—, el proteico obispo africano afirmó que nunca hay contradicción real entre los datos conseguidos por la revelación y los conseguidos por la observación y el razonamiento. Estoy seguro de que fray Avelino Folgado, que charló conmigo estos días y me ayudó a buscar libros, no se enfadará por men-

cionar su nombre aquí—el único, como simbólico agradecimiento, que voy a revelar para no faltar en exceso a mi palabra—. Bien, Fray Avelino no es historiador, sino jurista, y, sin embargo, me dijo: "Debe uno advertir que, en los días de Galileo, muchos pensaban que el contenido literal de las Escrituras era también su contenido real... Sin duda se puede calificar a esas personas, desde nuestro siglo, de fanáticas, pero hay un fanatismo de la convicción, bien distinto del fanatismo farisaico de la oportunidad".

Esa distinción entre lo literal y lo real de las Escrituras fue el caballo de batalla de Galileo ante sus jueces y, en verdad, el meollo del pensamiento de San Agustín. En ese libro—*De Genesi*...—que mencioné antes, el santo hace cuanto puede por convencer a sus lectores de algo muy serio: que hay que distinguir entre los propósitos primarios, morales y espirituales, de los escrituristas y sus referencias accidentales al mundo físico. La batalla, en los días de Galileo, era imponente. Un formidable historiador contemporáneo de la ciencia, el oxoniense A. C. Crombie, intraducido en nuestros pagos, titula su hondo repaso al pensamiento medieval "*De Agustín a Galileo*", porque ese es, sin duda, el eje intelectual en torno al cual se encendieron las obscenas hogueras. La Inquisición no quemó a Galileo, que terminó sus días, plácidamente, en su quinta de Arcetri. Pero quemó, durante siglos, el pensamiento científico de Italia y de todo el Mediterráneo.

Puestos a desmitificar, otra cosa hay que recordar a los improvisados defensores de Galileo, Nicolás Copérnico, que fue un tipo raro, insociable y áspero, había nacido en 1473 y sus ideas pulverizadoras del geocentrismo, convertidas en estandarte por el intrigante y audaz Rético, eran archiconocidas cuando nació Galileo, en 1564. Fueron, por ejemplo, públicamente expuestas por Kepler—otro individuo estrofaulario y misterioso—y por otros, en los primeros cincuenta años de la vida de Galileo, sin que nadie acabara en la pira por eso. De hecho, los primeros que pusieron el grito en el cielo al escuchar la afirmación siniestra de que la Tierra se movía no fueron los pomposos teólogos romanos, sino los luteranos. Por lo menos desde 1597 (hay una carta del pisano a Kepler que lo prueba) Galileo estuvo convencido de que Copérnico tenía razón y, sin embargo, siguió predicando durante treinta

años la doctrina ptolemaica, con un inaudito descaro que hace polvo su buena prensa. Es también Koestler el que explica la razón de esta hipocresía: Galileo no tenía miedo a que lo quemaran, porque a nadie se quemaba por eso entonces, ni siquiera a Kepler, sino a que se rieran de él los poderosos y sagaces peripatéticos de Pisa y de Padua, que eran, sin duda, lo que fray Avelino ha calificado de "fanáticos farisáicos", pero que no eran tontos, ni mudos, ni ineptos a la hora de urdir habilísimas discusiones a la manera de Tomás de Aquino, que le podía volver loco al lucero del alba, aunque fuera defendiendo una estupidez. Galileo, para decirlo como se merece, tenía miedo a perder el negocio, la protección de los poderosos, la amistad con los mecenas y el respeto académico. Antes del indecente juicio, el pobre hombre escribió una carta a la duquesa Cristina de Lorena, una jamona charlatana y pirada que, si fuese leída por los súbitos galileístas que han florecido estos días, provocaría su instantáneo sonrojo. Galileo suplicaba, mentía, utilizaba el episodio bíblico de Josué deteniendo el Sol de una manera propia de sacristanes y daba una

impresión tal de pequeñez de alma que no sabe uno dónde meter la leyenda del héroe. Si eso se compara con el martirio de Giordano Bruno, "que —como escribió Kepler en una carta a Wangler— **soportó el suplicio con entereza**", nada menos que por no ceder en su idea fascinante de un Pan-Dios circular, la verdad es que Galileo no merece una escuela.

El juicio fue otra cosa. El juicio y los episodios anteriores fue una turbia suciedad injusta, movida por personajes inmundos, como el nervioso dominico Caccini, el débil y honrado Lorini —tan parecido a Pilatos—, el tonto español Jiménez, el gélido, inflexible y antiintelectual Papa Pablo V. Sólo un hombre de gran tamaño, el cardenal Bellarmino, aparece en las filas antigalileístas, y habría que matizar. El resultado condenatorio fue un documento que nadie se atrevería hoy a leer, ni siquiera en privado, y en el que se hacen afirmaciones comparables a la poca patriótica teoría según la cual los niños vienen de París.

El proceso fue poco heroico. Galileo, protegido por su amigo, el vanidoso Papa Urbano, había escrito el famoso "Diálogo" que



Cosmología aristotélica, según Pedro Apiano. La interpretación escolástica satisficía las necesidades políticas y culturales de los ortodoxos: un mundo quieto, sin sorpresas. La novedad era un instrumento de Belcebú. La idea ptolemaica respetaba el orden. La de Copérnico abría camino a la duda y a la libertad, es decir, a la ciencia verdadera. El cosmos dejaba de ser seguro y se hacía aventurado. Pecado gravísimo.

El astrónomo y su ayudante, por el grabador Sebastián Münster, en la obra "Cánones super novum instrumentum", publicada en Basilea en 1534.



armó el escándalo casi por encargo del Pontífice y del propio Bellarmino. Luego recurrió a trucos para violentar dulcemente las posibles censuras, ayudado por el gordo Riccardi. Previamente comprometido a decir en su obra unas cosas y no decir otras, Galileo creyó, una vez más, ser más listo que nadie. Fue ambiguo y equívoco, petulante y huero. Y lo cazaron los iracundos romanos, entre otros el propio Papa, que tan gustosamente había recibido antes los lametones cobistas de su protegido. Y Galileo no dio testimonio de valor. Suplicó humildemente, reconoció ante el Tribunal que el sistema copernicano era erróneo, apeló a la misericordia recordando a los torpes jueces que tenía setenta años, se confesó autor de "crímenes", literalmente. Fue tratado con irónico respeto, nunca supo lo que era una celda ni un tormento. Incluso cuando fue recluido en el Santo Oficio, se le dieron cinco habitaciones abiertas a los jardines vaticanos y se le permitió conservar su criado personal.

Y, sin embargo, algo había hecho aquel pisano para cambiar el mundo: poner en solfa el cosmos aristotélico, que sostenía en sí mismo, que era dogmático y perfecto y que hacía las delicias

de los ortodoxos. Galileo, como otros, resucitó otra idea cosmológica, nada menos que el sueño de Platón y las apostillas de los atomistas. El mundo no era Una Cosa Armónica y Ordenada, sino una colección de azares, sorpresas, decisiones indecisas, movimientos y chispazos. Fue después de su proceso cuando escribió su mejor obra, *Diálogos sobre dos ciencias nuevas*. Y fue premiado: se le enterró en el Panteón de los Florentinos. Allí está, junto a Maquiavelo y Miguel Ángel.

¿Qué va a pasar ahora? Pues no va a pasar nada. Que Copérnico tenía bastante razón ya no lo duda ni el Presidente Carter, que ya es decir. Que la condena —si es que le sigue preocupando a Galileo— no vale para nada lo prueba el hecho de que así como ocho o diez mil millones de personas han estado y están en este mundo desde los días de Galileo sin dudar de que la Tierra se mueve mucho, sin que a ningún Papa se le haya ocurrido lanzar anatemas. Juan Pablo II ha estado bien, tampoco es para quitarle sus méritos, pero a lo mejor es más interesante que se ocupe de evitar nuevos juicios como aquél, sobradamente revisado por todos nosotros, el pueblo de Dios, o la turba, según prefiera el lector. ■